

cuando trémulos rielan sobre las calladas ondas del Océano, se adquieren tus misterios; tu hermosura en sus panoramas; tu grandeza en su inmensidad.

¡Oh Virtud! Con razón ponen tu morada en los cielos.

Escondidas vives; sublimes atributos tienes; por eso inspiras veneración.

Y ¡cómo te martirizan en el mundo, aun los que se dicen tus hijos, tus defensores!

* * *

Libro mío, baja hasta el llano y revela tus verdades al pueblo, a ese que aun cree en los hombres de coronilla y los venera y les sacrifica sus ambiciones, sus ideales, su tesoro y... ¡cuántas veces su amor!

Serás maldito. ¡Yo te bendigo!

Serás despreciado. ¡Yo te amaré!
¡Eres hijo mío!

Tú difundes luz: las alimañas huirán de tí como los asquerosos insectillos ocultos bajo una gran piedra huyen desparvoridos cuando ésta se levanta y se da lugar para que la luz entre triunfante.

Eres sincero. ¡Los hipócritas te aborrecerán!

Baja, libro mío, al llano. El pueblo te espera.

Habla con el pueblo. Instrúyelo.

Y si te arrojan de todos los hogares, porque eres el reflejo de la verdad, vuelve a mi corazón, que siempre está caliente y ardoroso. Mi corazón ama a la verdad.

La verdad es luz.

Yo amo la luz.

Pero yo sé que no te despreciarán. Sé que las doncellas y las jóvenes te leerán a hurtadillas y los jóvenes te proclamarán lumbrera.

¿Que serás farol?... ¡El farol también alumbra!

Tu misión es difundir luz.

Penetra también en los claustros, en los conventos, como penetró tu padre, para engendrar a otro de tus hermanos.

Que en breve te acompañará por el mundo.

Libro mío, sé feliz y cumple tu misión.

Historias grotescas y serias

por Edgardo Poe

Aquí están tres trozos distintos que muestran como principiaba Edgardo Poe sus cuentos:

Las facultades imaginativas que se definen con el nombre de análisis, son a pesar de ello muy poco susceptibles de análisis. Lo que sabemos de ellas, entre otras cosas, es que tales facultades son para el que las posee en grado extraordinario una fuente de goces inapreciables. Del mismo modo que el hombre fuerte goza con su aptitud física y se complace en los ejercicios que provocan la acción de sus músculos, el analista realiza su gloria con esa actividad intelectual cuya función consiste en desentrañar un problema, en desenredar una cuestión que, por sencilla que sea, le proporciona el placer de poner a prueba su talento. Se devana los sesos con enigmas, acertijos, jeroglíficos; despliega

en cada una de las soluciones una potencia de perspicacia que en opinión del vulgo llega a veces a tomar carácter sobrenatural. Y en efecto, los resultados hábilmente deducidos tienen algo de intuitivo, que nace del alma y del método empleado.

Esta facultad de resolución adquiere su mayor fuerza en el estudio de las matemáticas, y particularmente de las más alta rama de esta ciencia que, muy impropiamente y sólo teniendo en cuenta su modo retrógrado de operar, ha sido llamada análisis, como si ella sola lo constituyese, cuando, en suma, todo cálculo no es otra cosa. No trato de escribir un tratado de análisis, sino sencillamente, de poner al frente de un cuento bastante singular algunas observaciones a vuela pluma que le sirvan de prefacio.